

## Enviados a predicar el Evangelio

Jubileo del VIII Centenario de la Confirmación de la Orden de Predicadores

En el año 2016 celebraremos el 8º centenario de la confirmación de la Orden, realizada por el papa Honorio III. Un jubileo era para el pueblo de Israel un tiempo de alegría y de renovación: “cuando cada uno de vosotros regrese a su propiedad y vuelva a su familia” (Lev 25, 10). Si nuestro Jubileo nos invita de este modo a volver a los orígenes de la Orden es –paradójicamente– para recordar el momento fundacional, en el que santo Domingo envió a nuestros primeros hermanos fuera de su casa, de su familia, de su nación, para que descubrieran el gozo y la libertad de la itinerancia. Pero ser enviado como discípulo de Cristo significa algo más que el mero hecho de moverse de un sitio para otro: siguiendo a Cristo, somos enviados a predicar



el Evangelio. Compartiendo la vida de Aquel que, enviado por el Padre, nos comunica el soplo de su Espíritu, adquiriremos una peculiar libertad interior, la única que nos hace disponibles a las llamadas de nuestros hermanos y hermanas.

### El carisma de la predicación

Al celebrar ocho siglos de existencia, se nos invita más que nunca a “*laudare, benedicere, praedicare*”; tributamos alabanza, ante todo, a Dios, a quien alabamos por la gracia que otorgó a santo Domingo, cuyo carisma de predica-



ción continúa difundiéndose por el mundo en su favor, en medio de la Iglesia. Este ministerio de predicación, que compartimos con toda la Iglesia, es, todavía hoy, vital y urgente para que la evangelización resuene de un extremo al otro del mundo. Este aniversario es asimismo una ocasión para mirar atentamente hacia el futuro, confiados en las promesas de Dios que “envió su Hijo al mundo no para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él” (Jn 3, 17). Mirando fijamente al porvenir reconocemos que todavía tenemos mucho que aprender de nuestra historia, de sus luces y sus sombras, de los hermanos y hermanas que nos precedieron, entre los cuales hubo auténticos testigos del Reino. Nuestra historia es escuela de verdad y de humildad, fuente de renovación y de esperanza en la misión de los Predicadores.

### Predicar la Palabra de Dios

Predicar significa actualizar el misterio de la encarnación para los hombres y las mujeres de hoy. En efecto, “el Verbo se hizo carne” pa-

ra enseñarnos la Verdad de Dios y la verdad de nuestra humanidad. Para cumplir fielmente este servicio de la Palabra, necesitamos, como

santo Domingo, ser buscadores de la Verdad, enraizados en la Vida de Cristo. La renovación de nuestra vida dominicana comienza con la unificación de toda nuestra existencia gracias a la escucha atenta de la Palabra, a la vida de oración y de contemplación, en el silencio y en el estudio. Nuestra formación dominicana im-

plica principalmente la adquisición de una madurez humana, espiritual y relacional que ponga de manifiesto que la Palabra de Dios otorga a los hombres el ser más plenamente humanos y a nuestras comunidades fraternas el revelar la Amistad que Dios desea establecer entre nosotros.

### Exigencias de la predicación



Nuestro Jubileo exige también un compromiso de *metanoia*, de conversión, porque nuestras vidas comunitarias y personales están marcadas, a menudo, por los estilos de vida y las opiniones mundanos que nos rodean, que encuentran a veces acogida en nosotros: el nihilismo ambiental, la superficialidad, las adicciones y el consumismo, las diversas formas de relativismo, la búsqueda del tener, del po-

der y del aparentar. Todo ello puede conducir a formas de privatización o de “aburguesamiento” de nuestra vida dominicana y a una pérdida de tono y de credibilidad necesarios para proclamar el Evangelio. Es necesario, pues, recordar hoy más que nunca que “la fe sin obras está muerta” (Sant 2, 17), que, como predicadores de la Gracia, necesitamos mostrar, *verbo et exemplo*, cómo la fe transforma la existencia humana; cómo renueva el corazón, el espíritu y el cuerpo; y cómo todas las realidades sociales del mundo están llamadas a convertirse en signos de la presencia del Reino.

### La fecundidad del estudio

Santo Domingo envió a sus primeros hermanos a que estudiaran en las universidades y se formaran así en contacto con los nuevos saberes. Hoy, más que nunca, la complejidad de la condición humana y los cambios radicales que afectan a la vida de nuestros contemporáneos nos invitan a tratar de interpretar y comprender el mundo en que vivimos, al que “Dios ha amado tanto” (Jn 3, 16). Santo Domingo enviaría hoy a sus hermanos y hermanas al centro y núcleo donde se gestan estas transformaciones, para que compartieran sus interrogantes y entablaran diálogo con todos aquellos que intentan edificar un mundo más humano. Alimentados con nuestras propias tradiciones, podemos aportar humildemente

al mundo el servicio de la Palabra de la verdad y mostrar cómo la teología no es extraña a ninguno de los grandes interrogantes de nuestro tiempo, y ofrecer la visión bíblica y cristiana del hombre, de su dignidad y de su valor inconmensurable. El estudio no es, entre nosotros, una simple etapa de la formación, sino una manera de ser: irriga y fecunda toda nuestra vida. Alimentados con la Palabra que necesitamos escuchar cotidianamente, aprendiendo a leer, meditar y estudiar con una renovada energía, podremos asumir los interrogantes de nuestro mundo, que se presentan a los Predicadores como oportunidades de aprendizaje. Sí, el Jubileo nos ofrece ciertamente la ocasión de considerar, de manera creativa, el

modo de dedicarnos al estudio al servicio de la predicación, cooperando mucho más todavía

con las monjas, las hermanas y los laicos, miembros de nuestra Orden.

### Un estilo de vida

Nuestro estilo de vida proviene del equilibrio personal y comunitario entre el estudio, la contemplación y la oración litúrgica, que se vivifican entre sí. El genio de nuestro fundador consistió en proporcionarnos estructuras de gobierno flexibles y democráticas, a fin de que la Orden pudiera dedicarse enteramente a la evangelización y responder así a los gozos y a las angustias, a las esperanzas y a los temores de los hombres de cada época. Nuestras constituciones son, ante todo, fuente de liberación y no de obligaciones. Modificadas y reformadas constantemente a la luz de las nuevas necesidades, encuentran en el seguimiento de Cristo su fundamento y su inspi-



ración. Nuestras leyes nos recuerdan que la vida dominicana se vive en comunidad; adquieren su plena significación en la práctica concreta de nuestro deseo de comunión fraterna, en el compartir nuestros bienes y nuestros dones. Como escribió antaño san Alberto Magno, *“in dulcedine societatis quaerere veritatem”* (“buscar la verdad en la dulzura de la fraternidad”). Sí, la dulzura de nuestra vida fraterna, la alegría y el perdón que compartimos juntos, que –en un mundo herido por la violencia, los conflictos y las exclusiones– aparece como la mejor evangelización. Nuestras primeras comunidades ¿no fueron llamadas “santa predicación”?

### Una Orden en evolución

Por eso, nuestra Orden está comprometida – desde el Capítulo general de Roma– en un proceso de renovación y de transformación de sus estructuras, a fin de reforzar nuestra misión de predicación. No se trata de una simple reestructuración administrativa al interior de la Orden, y menos aún del abandono de alguna de nuestras presencias en ciertos lugares, sino

de un proceso que pretende encontrar, mediante el discernimiento comunitario, las estructuras apropiadas para restaurar, en todas partes, el dinamismo de nuestra vocación y para responder mejor a la llamada que el mismo santo Domingo dirigió a los primeros frailes, a quienes envió a “predicar, estudiar y fundar conventos”.

### Una vida apostólica

El carisma que hemos recibido de santo Domingo, confirmado desde el principio por la Iglesia al confiarnos la tarea de la predicación, solicita de nosotros que vivamos a la manera de los apóstoles “para dar testimonio de la resurrección del Señor” (Hch 4, 33); que seamos

“fieles a la enseñanza de los Apóstoles, a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a las oraciones” (Hch 2, 42). De este modo, seremos fieles a la visión profética de santo Domingo que quiso una Orden enteramente consagrada a la predicación de la Palabra.

## Buena noticia para todos

Enviados por Cristo a “llevar la buena noticia a los pobres” (Lc 4, 18), estamos llamados a asumir como propias las situaciones concretas de los hombres y mujeres de nuestro tiempo para compartir con ellos una palabra de esperanza y de amistad, sobre todo en estos tiempos en que muchos se desaniman esperando ver alzarse un mundo más humano que tarda en aparecer. A muchos hombres y mujeres les angustian hoy los efectos de la crisis económica, financiera y social que traen consigo precariedad y exclusión. Nuestra predicación ha de manifestar nuestra compasión hacia los que sufren, y ha de dar testimonio de nuestra solidaridad con los excluidos y con quienes viven en la periferia de nuestras sociedades. Nuestra predicación ha de tener acentos proféticos para denunciar todo lo que desfigura el rostro humano y, sobre todo, para invitar a cambiar de mentalidad. Muchos sufren los mecanismos identitarios, que engendran fundamentalismos, violencia e incluso persecuciones. Nuestra predicación buscará todas las formas posibles de diálogo, educará a la escucha res-



tuosa del otro, mediante una palabra que no sea agresiva, sino que busque humildemente la verdad, en compañía de los demás. Finalmente, en un contexto de secularización, nuestra predicación tratará de mostrar cómo la fe da sentido a la vida, unifica a la persona, la constituye en la relación a Dios y a los demás y, por último, le abre un horizonte insospechado de libertad.

"Vete a decir a mis hermanos" (Jn 20, 17)

Festejar los ocho siglos de existencia de la Orden de Predicadores no consiste tanto en conmemorar un aniversario cuanto en proyectarnos todos juntos, con entusiasmo, hacia el porvenir de nuestro carisma. El ministerio de la evangelización, así lo creemos, seguirá siendo una necesidad para la Iglesia al servi-

cio del mundo. Sí, verdaderamente “¡qué hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas noticias!” (Rom 10, 15). Dios, así lo creemos también, tiene un proyecto magnífico para la comunidad humana y nos ha elegido, a pesar de nuestra debilidad, para ser sus gozosos testigos.



Los dominicos tienen cada tres años capítulos generales – asambleas en las que participan frailes de todo el mundo. En Trogir, Croacia, se tuvo el capítulo más reciente (22.7-8.8.2103) en el cual se trató del Jubileo 2016 con motivo del VIII Centenario de la Confirmación de la Orden de Predicadores por el papa Honorio III en 1216. El texto que presentamos es el Prólogo de las Actas del Capítulo General de Trogir.



[Visita el sitio de la Orden de Predicadores](#)